

La creación del origen en las huellas del tlacuache

Ma. del Carmen Herrera

Fabienne Bradu

Antonieta
(1900-1931)



- Los éxitos mundanos y culturales de Antonieta Rivas Mercado.
- Su viaje hacia el descalabro moral y el suicidio.

Este libro es la historia de un fracaso vital, el itinerario de una pasión intelectual y un firme homenaje al arte de la biografía.

Otros títulos de la autora en el FCE:

- SEÑAS PARTICULARES: ESCRITORA
- ECOS DE PÁRAMO



FONDO DE

CULTURA ECONÓMICA FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Desentrañar los principios que rigieron las creencias, las prácticas y los rituales religiosos de los antiguos nahuas ha sido el incentivo central de las investigaciones de Alfredo López Austin. En *Los mitos del tlacuache*, amplía su indagación a la religión de la totalidad del mundo mesoamericano, el creado tanto por los pueblos prehispánicos como por los herederos contemporáneos de algunas de sus tradiciones.

Las notables e inevitables diferencias que surgen al interior de una tradición religiosa mesoamericana —término acuñado para denotar tanto la religión practicada desde varios siglos antes de la Conquista, como la actual, la fracturada y reelaborada con elementos del cristianismo— han sepultado, ante la mirada de los investigadores, la unidad mesoamericana en el tiempo y en el espacio, unidad que López Austin enfatiza y defiende como una hipótesis rectora de su trabajo.

Ya en *Cuerpo humano e ideología* (UNAM, 1980) había recurrido a la información etnográfica de culturas distintas a la nahua para entender la compleja relación entre su concepción del cuerpo y su cosmovisión. A pesar de las dificultades metodológicas que supone el uso de la etnografía para proyectar el conocimiento de los pueblos actuales a su pasado, López Austin asumió el reto y el riesgo para ofrecernos, por primera vez, un análisis monumental de la extensa mitología mesoamericana en el marco del debate etnológico sobre la naturaleza del fenómeno mítico.

La variedad de problemas implicados llevó al autor a elegir como guía y compañero de su búsqueda al tlacuache, un personaje mitológico no menos laberíntico, que no sólo es resistente a los golpes del tiempo, sino también a los del hombre —coras, huicholes, triques y mazatecos todavía cuentan que es capaz de recomponerse y resucitar. Su fama se aprecia en la diversidad de representaciones que se han hecho de él: la primera que se conoce es una carita de tlacuache elaborada hace casi tres mil años y se encuentra figurado en máscaras, en adornos arquitectónicos, en los códices aparece en reveladoras asociaciones iconográficas y, sobre todo, numerosos relatos

míticos lo hacen protagonista. La persistencia icónica y narrativa del tlacuache no fue el único motivo que originó su selección y aunque la curiosidad del lector se satisface después de trescientas páginas (los capítulos titulados, precisamente, "El personaje"), en el primer capítulo se le presenta de acuerdo a su descripción zoológica y se anticipa que, entre sus múltiples proezas, la más conocida es que les robó el fuego a los seres celestes, en algunas versiones, y en otras, lo robó a los habitantes del inframundo para regalarlo a los hombres.

La anatomía y las costumbres de las diversas especies del tlacuache, descritas por nuestros propios discursos explicativos, hacen posible una comprensión parcial de los atributos y el lugar que ocupó en la mitología mesoamericana. Las hembras tienen dos úteros y dos vaginas, paren a sus crías sin dolor y éstas permanecen en el marsupio, prendidas de los pezones, durante dos meses; el macho tiene el pene bifurcado y una extraña colocación de los testículos. Estos animalitos tienen una cola prensil, desnuda y unas manos "casi humanas", con cinco dedos y con pulgar oponible en el pie. Según Francisco Hernández, en su *Historia natural de Nueva España*, el tlacuache

trepa a los árboles con increíble agilidad; se esconde largo tiempo en cuevas; se alimenta de gallinas que... degüella para sorber su sangre. Por lo demás es animal inocuo y sin malicia, aunque por cierta congénita astucia se finge muerto a veces, cuando no puede escapar de otro modo de manos de los hombres, o bien para engañar a sus aprehensores y morderlos (p. 492).

López Austin declara que si bien "el mito descubre en el animal ángulos insospechados —reales o no—, la conducta y las peculiaridades físicas del animal también descubrirán al creyente aspectos míticos que quizás antes nadie imaginó. No es un camino unidireccional de sabiduría." (p. 325). El tlacuache lleva una vida nocturna, nómada, solitaria —excepto en época de brama— y habita cerca del hombre, lo

que le permite robar, en efecto, su maíz y sus bienes, conductas que no bastan para entender por qué se le considera el que roba las fuerzas divinas, el gran héroe civilizador, el que media entre el hombre y los dioses.

El tlacuache ha ocupado, dentro de la tradición mesoamericana, el lugar que representa "al sitio de conjunción de las dos fuerzas polares del cosmos", el lugar del acto de la creación original en el que se unen la fuerza caliente, proveniente del cielo y la fuerza fría que sube del inframundo, deducción a la que llega López Austin después de analizar los relatos míticos sobre el origen del tiempo, del espacio, sobre la naturaleza de los dioses y las formas como entendían estos pueblos su coexistencia con lo sagrado. Porque es una común concepción de lo sagrado lo que le da identidad a la tradición religiosa mesoamericana; lo sagrado es lo que se cuenta como lo invisible, lo que posee materia ligera, las fuerzas que existen y pueden conocerse y controlarse a través de los sueños y la ingestión de psicotrópicos.

Sólo la imaginación de un historiador profundamente apasionado y conocedor de los relatos míticos mesoamericanos —y como una simple muestra basta ver la impresionante recopilación de material que utilizó— pudo vislumbrar la importancia del

tlacuache. Esta lectura la sustenta sin soslayar el debate del fenómeno mítico, fenómeno multifacético que ha ocupado la atención de la etnología, el psicoanálisis, la semiología, perspectivas que contribuyeron a configurar la propuesta de López Austin. Para él, los mitos son los relatos de los sucesos que revelan el principio y el fundamento del orden, del estado de cosas, pero son diversos los lenguajes en los que se expresan y cada uno de ellos se articula diferencialmente con el resto de los órdenes de la vida social; por ello no pueden reducirse a un texto con un principio y un final delimitado y aunque son un producto histórico, los mitos poseen la cualidad de ofrecer las categorías requeridas para conocer el mundo, consolidan una tradición porque involucran las creencias que regulan las prácticas cotidianas.

En la Mesoamérica prehispánica, por ejemplo, uno de los ejes privilegiados de interpretación fue el modelo cósmico que sirvió de fundamento y razón de las instituciones y justificó las divisiones sociales, porque no hay que olvidar que "para que el poder centralizado pueda servirse del mito, ha de conquistarlo... la lucha por el dominio del mito es parte de la historia del mito; es parte de la historia de sus funciones." (p. 391). En la Mesoamérica contemporánea, en cambio, los mitos han dejado de

fundamentar el poder político y social, se ha desarticulado una de las estructuras sustentantes del pensamiento religioso, el calendario, pero los mitos subsisten en la organización del trabajo, de las fiestas y en las regulaciones del parentesco.

En la medida en que los mitos analizados relatan la creación del origen, se supone la existencia de un otro tiempo en el que los dioses intervinieron para crear el tiempo del hombre y López Austin insiste en que el tiempo de la creación no es, para los mesoamericanos, una realidad del pasado, sino que pertenece a una dimensión propia "la del permanente presente del otro tiempo-espacio" (p. 409). Los nombres de la pareja creadora del *Popol Vuh* permiten asociar al abuelo con un coyote y a la abuela con un tlacuache. En esta asociación, el tlacuache ocupa el lugar de lo femenino, lo nocturno, la Luna; mientras que el coyote se asocia con lo masculino, el Sol, por lo que "los dos animales serían así intermediarios entre la luz solar y la noche, pero con signos opuestos, nacido en la oscuridad y portador de la luz el tlacuache, nacido en el día y portador de la noche el coyote". Es decir, que el tlacuache participa activamente en el origen del tiempo del hombre, pero también participa en el cotidiano amanecer del creyente.

En cuanto al espacio, el tlacuache aparece representado en el *Códice Dresde* como el dios que sostiene el cielo, como el personaje que se encuentra en el origen de la división del espacio, porque está en el lugar de los cuatro postes que median y dividen el cosmos en tres niveles: los nueve dobleces del cielo, en cuyo último piso habita la pareja creadora; el mundo del hombre y los nueve pisos del inframundo. La movilidad del tlacuache —trepa a los árboles, cohabita con el hombre y vive en cuevas— le permitió ser figurado como el gran mediador entre el tiempo-espacio de los dioses, tanto celestes como del inframundo, y el tiempo-espacio de los hombres mesoamericanos; pero también sirvió a Alfredo López Austin como el intermediario entre la compleja y rica mitología mesoamericana y las actuales exigencias de escudriñamiento de los mitos.

Los mitos del tlacuache se presenta como un ensayo que ningún historiador del México antiguo había emprendido antes y que fue escrito mientras el autor participaba activamente en la Comisión Organizadora del Congreso Universitario. Hay más ejemplo que seguir que la huella que dejó el tlacuache. ♦

Alfredo López Austin. *Los mitos del tlacuache*, México, Alianza, 1990.

